



Rafael Conte

El (buen) humor de un vencido

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Rafael Conte

El (buen) humor de un vencido

Se reedita En aquella Valencia, de Esteban Salazar Chapela, en una colección que intenta recuperar los libros de cien autores españoles exiliados por la guerra civil.

Aunque la figura de Esteban Salazar Chapela (Málaga, 1900) ya está presente en todos nuestros manuales y diccionarios de la literatura española del pasado siglo, su obra no es muy conocida entre nosotros y desde luego está muy lejos de la actualidad y de las preocupaciones de nuestro mercado editorial. Y ello por dos razones fundamentales: antes de la guerra fue sobre todo un periodista, un buen articulista, un colaborador habitual de nuestras mejores publicaciones -Revista de Occidente, El Sol, La Voz, La Gaceta Literaria, entre otros-, y ya se sabe que no hay nada que pase más rápidamente de actualidad que la obra que la refleja de manera tan dispersa como editorialmente inconsistente. Y además, su obra estrictamente literaria es bastante corta, pues se limitó en vida a publicar tan sólo tres novelas y pico.

Sólo una novela -y otra corta- pudo publicar antes del conflicto, tras el que se vio obligado al exilio al pertenecer al bando de los vencidos por republicano y liberal. Radicado en el Reino Unido, país que conoció bien pues estaba casado con una inglesa (de la que al final se separó) y había trabajado en los últimos años republicanos en el consulado de Glasgow, colaboró en la prensa latinoamericana con asiduidad, fue durante dos años profesor en Cambridge, secretario del instituto de España otros cuatro, publicó dos novelas más y algún libro para la enseñanza del español, hasta que al final falleció en Londres en 1965.

Salazar Chapela fue un personaje singular, al que la calidad de sus trabajos periodísticos le abrieron todas las puertas de la intelectualidad republicana, asistió a las tertulias de Ortega, de Pombo o la Granja del Henar, fue buen amigo de Antonio Espina y Francisco Ayala -quien le recuerda con simpatía y cariño en su magistral Recuerdos y olvidos-, pero cuando partió de España tras trabajar en 1937 en los servicios de propaganda de la República -periodo evocado en En aquella Valencia- no había consolidado todavía su carrera literaria, pues él mismo estimaba en poco una primera novela que publicó en 1931, Pero sin hijos, de la que se dedicó después a destruir todos los ejemplares que caían en sus manos, aunque en mi opinión no carecía de interés, pues reflejaba en cierto modo abstracto el cambio de régimen. En el Reino Unido escribió una novela que retrataba a personajes del exilio español, Perico en Londres (1947), algo ensayística, y discursiva, y después sus dos obras maestras, Desnudo en Picadilly (1959) y la póstuma Después de la bomba (1966), que ya pudo publicarse en España en la benemérita colección El Puente, de Edhasa. Son dos obras que podrían adscribirse al género fantástico, irónicas, satíricas y en cierto modo humorísticas, repletas de serenidad y esperanza también, donde abandona su inspiración

española para hacerse más intelectual, europeo y cosmopolita. En la primera, un superviviente de un bombardeo, provisto de un físico completamente nuevo -y mejorado- cambia de identidad para recuperar todo lo que había perdido en su vida anterior. En la segunda, nueve náufragos refugiados en una isla tras la explosión de una bomba «de cobalto» (anticipo de la «de neutrones», imaginada después) finalizan felizmente su aventura no sin experimentar profundos cambios en sus relaciones personales. Su inspiración hispana, por su parte, tuvo peor fortuna, pues la había vertido, después de Perico en Londres en otros dos libros intermedios, pero de uno de ellos sólo se conoce el título, El milagro del Támesis, y el último, En aquella Valencia, no pudo ser rescatado por las pequeñas ediciones del Gexel hasta hace un lustro, de la mano de la preparadora de esta misma edición, Francisca Montiel Rayo, que ahora nos la amplía de manera definitiva.

El origen malagueño de Salazar Chapela puede resultar clave para la mejor comprensión de su obra, que respira siempre en su fondo cierta serenidad, un buen espíritu humorístico y zumbón y un liberalismo donde se aúna la búsqueda de la felicidad con cierto estoicismo senequista. Se le acusó de cierto intelectualismo, y hasta de ser un «estilista», por su afición a los términos cultos y algo pedantes, aunque él rechazó siempre esta etiqueta. En sus primeros escritos se advierten ciertos coqueteos más bien tímidos con algunas vanguardias, o influjos posmodernistas, pero era más bien un escritor de raíces tradicionales, que aliaba la expresión realista con un didactismo que nunca le abandonaría, tamizado siempre por su buen sentido del humor, que le hacía sentirse en los ámbitos británicos como pez en el agua. Era, desde luego, una mezcla leal de estoico y escéptico, vagamente optimista, el más inglés de todos nuestros escritores del exilio.

Y en este sentido, la lectura de En aquella Valencia resulta desde luego verdaderamente esclarecedora. Entre la novela en clave -cuyas realidades nos las van revelando las buenas anotaciones de Francisca Montiel Rayo- y el reportaje poco disfrazado, es un retrato que debe ser bastante fiel a como fue la verdad de aquella Valencia convertida en capital de la República, adonde llega Sebastián Escobedo (personaje de otras novelas del autor, que parece su portavoz, pues le representa fielmente y hasta es el protagonista casi narrador de la última, Después de la bomba), joven periodista algo conocido cuyo trabajo consiste en escribir artículos sobre la guerra favorables al Gobierno. Lejos de su mujer inglesa y más bien enamorado se hospeda en un hogar aristocrático con cuyos miembros entabla extrañas y complejas relaciones que al final provocarán su partida de la ciudad, pues todos sus intentos de ligar resultan baldíos y su labor de propaganda poco provechosa. Al final, desengañado de la guerra y de las disputas en el bando republicano, elabora una «teoría de la farsa», pues cada facción combatiente está dirigida por sus polos más radicales, que en su opinión no representan la realidad del país. Amargado y vencido, pero repleto de ternura y buen humor, éste es un testimonio -levemente novelado, tampoco hay que pasarse- bastante inapreciable sobre la guerra, aquella ciudad y aquellos tiempos, tan repletos de todos y de resultados más bien lamentables, que ahora se recupera en esta hermosa edición de esta necesaria e inestimable Biblioteca del Exilio. Ya era hora.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

